

> EL AÑO QUE EMPIEZA

## A DIOS ROGANDO Y CON EL MAZO DANDO

POR JULIO RANSÉS PÉREZ BOGA

Hay que hacer balance del año finalizado y pedir lo mejor para el que empieza. «Pedid y se os dará», dijo el Padre del cielo. Los españoles pediremos para el 2013 empleo, servicios públicos de calidad y gratuitos, menor fraude fiscal... Sin embargo, estas peticiones que han sido nuestra carta a los Reyes Magos de los últimos años, han sido desatendidas. El refranero dice que *a Dios rogando, y con el mazo dando*. Por lo que, o estamos dándole poco al mazo, o estamos golpeando donde no es.

Lo que deparará fiscalmente 2013 va a depender de que la economía vuelva a crecer, de que necesitemos el rescate, de la confianza que genere nuestro país y su sistema financiero, de la recuperación del consumo o de que los capitales no se sigan marchando del país. También de que nuestros bancos recuperen la senda de la sostenibilidad, sin necesidad de más apoyos públicos. En este contexto, nuevas subidas de impuestos son casi inevitables y el gravamen sobre la lotería o la mayor tributación de las plusvalías en el IRPF son una muestra de lo que nos espera. Ello nos debe hacer reflexionar sobre si hay margen para más subidas de impuestos o sobre si se pueden aumentar los ingresos sin subirlos.

Sobre la primera cuestión, las encuestas revelan que el ciudadano justifica pagar más impuestos a cambio de recibir servicios públicos como la sanidad o la educación. Por ello, antes de recortar estos servicios, deberíamos reformar la Administración Pública, plagada de duplicidades y de entes superfluos, o eliminar el gasto en infraestructuras no eficientes.

Además, es vital que se reparta el esfuerzo fiscal entre todos, en función de su capacidad. De ahí la importancia de diseñar una imposición efectiva sobre las grandes fortunas, de controlar las Sicav o de coordinar las normas fiscales nacionales para evitar operaciones que no tributen en ningún país.

La segunda cuestión es aumentar los ingresos sin subir impuestos reduciendo el fraude fiscal. Durante los años de bonanza económica, que la economía sumergida fuera

el 20% del PIB no generaba alarma social, porque los recursos que nuestro sistema tributario aportaba eran suficientes para sostener el estado de bienestar creado.

Es ahora, cuando las cuentas no salen y nos abocamos a recortes, cuando el ciudadano reacciona y exige a Hacienda que persiga al defraudador con más ahínco. Nos escandalizamos de que las multinacionales no paguen apenas impuestos. Nos preguntamos cómo se pueden seguir manteniendo paraísos fiscales en pleno siglo XXI, que sirven, entre otras cosas, para dar refugio a actividades terroristas.

Perseguir el fraude supone no sólo hacer normas antifraude, sino también destinar recursos económicos para poder aplicarlas. España tiene una mayor economía sumergida que Alemania o Francia, que gastan casi el doble en sus Agencias Tributarias. Y en toda Europa se cumple que cuanto más se gasta en lucha contra el fraude menos economía sumergida existe.

Si consideramos, además, que al fisco español le cuesta sólo un céntimo recaudar cada euro, no hace falta ser un lince para descubrir que simplemente aumentando el presupuesto de la AEAT aumentará la recaudación, sin costarle un

«HAY QUE LUCHAR  
CON FUERZA CONTRA  
EL FRAUDE ANTES DE  
SUBIR IMPUESTOS»

céntimo al contribuyente. Y que no nos cuenten que por ser un país latino tenemos más propensión al fraude porque no es cierto.

Por lo tanto, además de rogar, le debemos dar con fuerza al mazo de la lucha contra el fraude, y sólo después, si fuera necesario, recurrir a nuevas subidas de impuestos. Eso si, repartidas con justicia entre toda la sociedad.

Julio Ransés Pérez Boga es presidente de la Organización de Inspectores de Hacienda.